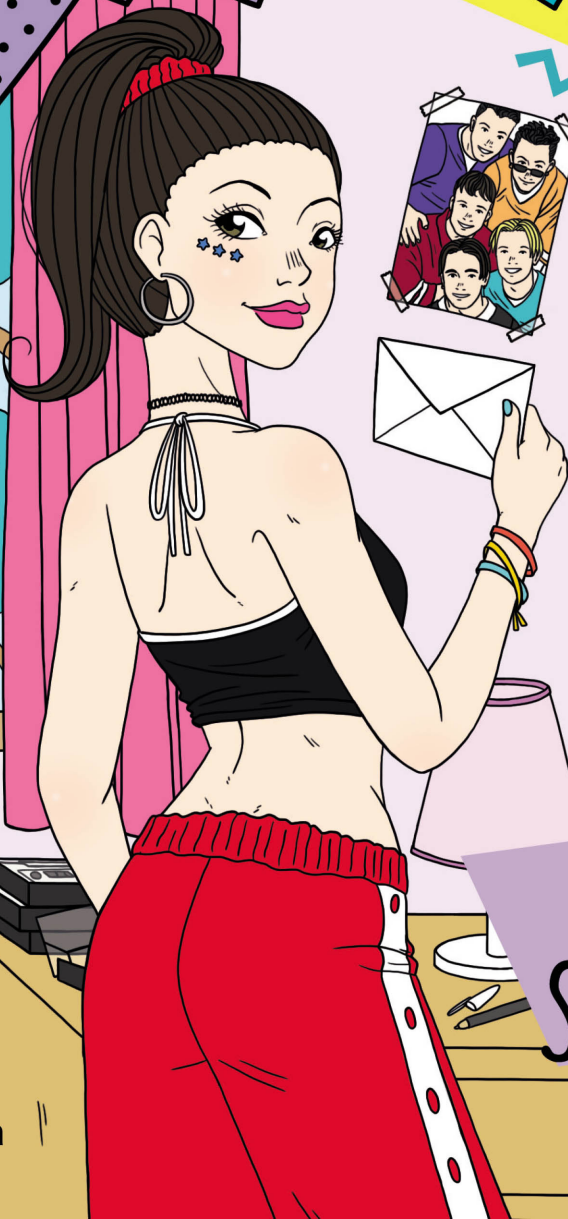


ZOE

amistades
IMPERFECTAS



PAMELA
STUPIA



ZOE



amistades
IMPERFECTAS



PAMELA
STUPIA



CAPÍTULO 1

IRONÍAS



Ironic
Alanis Morissette



Sin lugar a dudas, soy la única persona sobre la faz de la Tierra que pasa todo el verano deseando volver a clases, y no es que sea fan de la escuela, al contrario, odio estudiar, me cuesta prestar atención en clase y no hubo un solo año de la secundaria en el que me haya llevado menos de seis materias.

Sin embargo, siento que a mis vacaciones les hace falta un condimento especial, y el motivo es que mi mejor amiga pasa todos los veranos en su antigua ciudad, a más de 8.000 kilómetros de Buenos Aires. Lo supero porque no tengo alternativa, pero aun después de ocho años de amistad, y de ocho veranos en los que viajó religiosamente a Carolina del Norte, sigo pensando en lo fantástico que sería compartir un verano juntas, sin escuela ni obligaciones.

Y aunque todos los veranos son aburridos, el que acaba de terminar se llevó el premio al más deprimente de la historia. No estuvo Starlie (lo cual es un clásico),

pero tampoco estuvo Santi, que aunque solía irse un mes de vacaciones, algunos días los pasaba en Buenos Aires y lo hacía un poco más llevadero.

Me levanto de la cama y me dirijo al baño, necesito darme una ducha porque en mi habitación el calor siempre se siente el doble. Estoy ansiosa, y mientras me ducho, pienso en todo lo que tengo que contarle a Starlie. No es que haya tenido una vida fascinante mientras ella estaba en Carolina del Norte, pero en mi maldita soledad conocí a un chico que ya me parecía atractivo y ahora me encanta. Nada importante, no es que haya concretado algo, pero siento que nada en mi vida es emocionante si no lo comparto con ella.

Salgo de la ducha y busco el uniforme que mi mamá dejó colgado fuera del placar. Me resulta irónico que se tome el tiempo de hacer esas cosas innecesarias solo para sentirse buena madre. Podría haber sacado la percha yo misma, esos detalles no cambian mi vida. La cambiaría, por ejemplo, que pasara más tiempo conmigo o que no me obligara a ir a la casa de mi papá de vez en cuando. Ya no soporto a su novia, y tampoco lo soporto a él. Por suerte, solo restan unos meses para que cumpla 18 años. Me río al pensar en eso, es como si creyera que al cumplir la mayoría de edad, automáticamente todo se transformará.

Salgo del baño y voy hacia la cocina. Obviamente, no hay nadie en casa, pero me pone feliz encontrar café hecho. Me sirvo en una taza de los Backstreet Boys que me regaló Starlie para uno de mis cumpleaños y me siento en una de las dos sillas que hay a ambos lados de la pequeña mesa de la cocina para pensar un rato en él, algo que últimamente me gusta hacer. No es común que me ponga a pensar en chicos, porque cuando me

interesan, avanzo. No me gusta quedarme esperando, pero esta vez es distinto, porque las cosas se dieron de otra manera y en plenas vacaciones.

Conocí a Fabricio una tarde de calor que salí a andar en mi nueva bicicleta. Sí, hacía calor, pero estaba emocionada y quería estrenarla porque la había deseado durante meses. Mi papá seguramente cree que con ese regalo ya saldó sus años de ausencia y las tardes insostenibles que pasé con su novia, diez años más joven que él y diez años más grande que yo.

Esa tarde me vestí lo más liviana posible: me puse un *short* de *jean*, zapatillas de lona blancas, una remera del mismo color y mi riñonera negra donde guardé mi *walkman*. Estaba entusiasmada por estrenar mi bicicleta, que era, sin dudas, lo mejor de ese verano nefasto que acababa de comenzar.

Fui en dirección a la casa de Starlie, casi por inercia. Siempre deseé vivir en su barrio, porque, aunque no está lejos de mi casa, es notablemente más lindo. Mientras el mío está plagado de casas minúsculas y pequeños y oscuros negocios, el suyo tiene las mejores casas, con jardines inmensos.

Llegué y la extrañé aún más cuando vi la ventana de su cuarto, donde pasamos tantos momentos juntas, desde los 10 años. Sin embargo, llamó mi atención ese cartel de “Se vende” en la casa de Santi, justo enfrente de la de Starlie. No hay ninguna novedad en ello, pero verlo me destruyó, así que permanecí unos minutos mirándolo, cuando el calor me empezó a sofocar y decidí tomar un respiro.

Tomé asiento en el cordón de la vereda y supe al instante lo que me estaba pasando. Sentí que un oído ya no

dejaba pasar el sonido externo y comenzó a sucederme lo mismo en el otro. Si en dos minutos seguía teniendo tanto calor, me bajaría la presión por completo. Rebusqué en mi riñonera, pero no encontré ni un solo caramelo que pudiera salvarme de ese mal momento. Solo tenía un chicle Bazooka, esos que nunca me faltan, pero que en ese caso no me salvaría.

El barrio estaba desolado, claro, con más de treinta grados, yo era la única a la que se le había ocurrido andar en bicicleta a las tres de la tarde. Respiré hondo e intenté refugiarme en la sombra, pero la visión se me empezó a teñir de negro. El calor mezclado con una sensación de frío escaló mi cuello, justo cuando lo tuve enfrente de mí.

—¿Estás bien? —me dijo, y rápidamente me di cuenta de que se trataba de aquel chico que me había gustado los últimos días de clases.

—Sí, tengo un poco de calor —respondí intentando no desmayarme frente a él.

—¿Un poco? —se rio y me dio un caramelo que llevaba en su mochila.

—Gracias —respondí mientras intentaba recuperarme.

—¿Quieres que te compre una gaseosa?

—No, gracias. Me bajó la presión... siempre me pasa —quise naturalizar.

—¿Estabas andando en bicicleta con este calor? —dijo frunciendo el ceño.

—Sí, es nueva y soy un poco ansiosa —dije, y automáticamente me ref y lo contagié.

—¿Te acompaño a tu casa? —se ofreció—. Sé que vamos a la misma escuela, pero no sé dónde vivís.

—No te preocupes, una vez que me recupere, vuelvo —respondí intentando disimular la emoción de que supiera quién soy o que al menos recordara haberme visto en la escuela. Estaba segura de que no me conocía.

—No —dijo, y me tendió la mano—. Vivo a la vuelta, vamos a mi casa hasta que te recuperes, tengo gaseosa. —Sonrió.

—OK.

—Ah. —Me miró—. Me llamo Fabricio —se presentó, aunque yo ya sabía su nombre y me había dado cuenta de lo lindo que era el año pasado, en la fiesta de egresados de los chicos del curso superior.

—Zoe —me presenté.

—Sí, ya sé tu nombre —dijo, y me sorprendió.

Prácticamente no hablamos hasta llegar a su casa, seguía mareada y todo se había potenciado por el miedo que sentía de desmayarme en esa situación.

Cuando llegamos, Fabricio dejó mi bicicleta en el jardín y me invitó a pasar. Su casa era hermosa, casi tanto como la de Starlie, pero un poco más amplia. Me gustó el hecho de que tuviera un desnivel en el *living*. Había que bajar dos escalones para llegar a los sillones y a la TV. Me resultó fascinante pensar que ver una película allí sería como estar en una pequeña isla dentro de la misma sala.

Llegamos a la cocina, que me recordaba a las típicas norteamericanas de series como *Buffy, la cazavampiros*, me sirvió Coca-Cola en un vaso de las Tortugas Ninja que seguramente tenía desde que era chico, y hablamos un rato, hasta que me recuperé. Pasado el mal trago, me llevó a mi casa en mi bicicleta y tuve que hacer un poco de equilibrio extra para ir sentada sobre el manubrio.

Por suerte, llegamos rápido y sentí vergüenza al darme cuenta de que, por acompañarme, Fabricio debía volver caminando solo. Insistió en que no importaba y me despidió con un beso en la mejilla, no sin antes decirme que la próxima vez me asegurara de mirar el servicio meteorológico en la TV antes de salir a andar en bicicleta.

Cuando me doy cuenta, es tiempo de ponerme el uniforme y prepararme para ir a la escuela. Seguramente, esta mañana vuelva a ver a Fabricio, algo que me alegra porque no supe nada de él desde aquel encuentro casual. Tengo que estar presentable, voy a verlo y quiero gustarle, pero no me preocupa demasiado porque, humildemente, sé que le gusto a casi todos los chicos.

Dentro de la desgracia de que en mi casa siempre tenemos el dinero justo, lo positivo es que mi mamá nunca tiene plata suficiente para renovar mi uniforme, así que sigo con el mismo de primer año, y ya estoy en quinto. Desde los 13 hasta los 17 años, usé la misma camisa y la misma falda, así que soy feliz de que sea más corta que las del resto de las chicas, además, sé que me queda bien. La camisa me ajusta, así que la arremango hasta los codos y la meto adentro de la pollera. Llevo la corbata floja porque no me gusta sentir que me ahorca. Me pongo las horribles medias azules y, luego, mis zapatillas Topper blancas; no hay chance de que me ponga zapatos y sé que Starlie va a hacer lo mismo.

Me peino, aunque no hace falta. Tengo el pelo castaño oscuro, lacio y largo, así que simplemente lo recojo en un rodete desprolijo. Me gusta mi cuello y me siento un poco más sexy cuando lo dejo al descubierto.

Cuando llego a la escuela, hay pocos alumnos, y en mi aula, solo algunos de mis compañeros llegaron temprano. No soy de hablar demasiado a la mañana, así que antes de que me ganen de mano, tomo el anteúltimo banco de la fila de la ventana, en el que siempre nos sentamos con Starlie. Es una tradición y soy la encargada de ocuparlo, porque soy la que llega primero.

Faltan unos minutos para que llegue la profesora de la primera clase y Starlie aún no llega, así que saco mi *walkman* de la mochila y escucho la primera canción de un casete con temas que grabé de la radio. Tengo miles de compilados y Starlie también, solemos intercambiarlos cuando nos aburrimos y es fantástico porque cuando escucho los suyos, no sé qué canción me va a sorprender.

Me entusiasmo cuando veo a Starlie ingresar al aula. Se cortó el pelo y está bastante más delgada que la última vez que la vi, lo cual me sorprende porque siempre se queja de que sube algunos kilos durante sus vacaciones en Estados Unidos por culpa de las frituras. Su cabello rubio y lacio combina a la perfección con sus ojos color turquesa. Es alta y delicada, todo lo opuesto a mí.

La observo desde mi banco y siento que algo no anda bien, no es la primera vez que me pasa. Experimenté la misma sensación cuando no pasó por mi casa para despedirse antes de sus vacaciones, algo que hace cada año.

No sé qué pasa, ni por qué me preocupo, pero tengo razón en hacerlo, porque lo que sucede, luego me sorprende por completo: Frida, una de las chicas populares de la clase, la invita a sentarse en su banco, mientras Luca (definitivamente, el más popular y lindo del curso)

coquetea con ella. ¿Desde cuándo son amigos? ¿Desde cuándo el chico que nos gusta desde cuarto grado insinúa gustar de ella y yo no lo sé?

La veo coquetear con él y me descoloco. No es que no pueda hacerlo, Starlie es hermosa, pero no se caracteriza por ser la más osada, y esas situaciones la suelen incomodar. Podría asegurar, incluso, que jamás la vi hablar más de dos minutos con un chico. Está cambiada y lo confirmo cuando percibo que duda si sentarse o no con Frida. Hace ocho años que nos sentamos juntas, somos mejores amigas, tenemos nuestro banco asignado hace años. ¿Por qué está dudando de algo obvio?

Estoy a punto de llamarla o hacerle una seña, pero me contengo. No viene al caso hacer el papel de mejor amiga celosa, aunque claramente lo estoy. Y tengo mis motivos porque, finalmente, se sienta al lado de Frida. Se me rompe el corazón en mil pedazos; intento pensar, pero no entiendo nada.

Sé que más de uno de mis compañeros está tan sorprendido como yo. Vi sus miradas y escuché el murmullo cuando coqueteaba con Luca. Me siento una estúpida y ni siquiera sé los motivos que la llevaron a actuar así. ¿Qué cambió en estos meses? ¿Por qué ni siquiera me mira?

Intento concentrarme en la clase, pero no lo logro. Me había puesto como meta enfrentar el último año con entusiasmo para poder terminarlo con todas las materias aprobadas, pero la vida me acaba de jugar una mala pasada.

No estoy en condiciones de escuchar lo que dice la profesora, así que me deslizo en mi asiento y me pongo los auriculares. Suena *Ironic*, de Alanis Morissette, y

quiero cantarla a los gritos porque siento que, en ese momento, todo es una ironía.

Pasé el verano deseando verla y compartir el último año de la secundaria con quien compartí todos los anteriores, mientras ella eligió ignorarme el primer día de clases como si fuese una desconocida. Siento vergüenza y angustia, no puedo creer en lo irónico de lo que acaba de suceder. Como dice la canción, la vida tiene una manera curiosa de burlarse cuando pensás que todo va bien y que todo va a estar bien. Sin embargo, Alanis Morissette lo dice muy claro: “La vida tiene una forma muy divertida de ayudarte cuando pensás que todo está mal”. Será cuestión de esperar que la vida me sorprenda y que, esta vez, sea para bien.

